

Elogio y nostalgia de un poeta que nos arrebató la tempestad

LA lluvia, mansa, tenue, persistente, va depositando su humo en las ramas de los árboles—en las ramas de las acacias, ¿por qué no decirlo todo?—que entrevemos a través del ventanal y va formando unas gotitas leves, luminosas, finísimas cual globitos de cristal. Si un viento fuerte azota la enramada, las gotitas, leves, delicadas, finísimas, caen al suelo y son a poco embebidas por la insaciable absorción de la tierra. Las gotitas, tan lindas, tan diáfanas, se han perdido totalmente... Como esta lluvia mansa, tenue, Emilio Juan Gómez Herrera era un poeta granjeño que fué laborando amorosa, juvenil, entusiásticamente, unas composiciones poéticas en las que prendió partículas de su personalidad, de su espíritu, de su mejor ser inmaterial. Las composiciones—las tenemos ahora a la vista—, escritas en unas hojas de papel que aún conservan las huellas delatoras de una algará bélica, acaso el mismo barro de una bota militar, son, como las gotitas, leves, frágiles, inconsistentes y expuestas—también—a ser destruidas por cualquier eventualidad. En cuyo caso la sensibilidad profunda, exquisita, sutil, del poeta quedaría ignorada y sus poesías, tan lindas, tan fáciles, tan sentidas, se perderían para siempre.

Al poeta, a su personalidad física, no le conocimos, no le podremos conocer ya; su vida—cual esas lindas florecillas que, en las postrimerías invernales, comienzan a abrir sus perfumadas corolas al débil calorillo de un sol que ya presiente el ardor de la primavera y que, de improviso, cuando menos lo esperan, son arrancadas por algún huracán marceño, que ciego a toda belleza las arrastra iracundo y deshace sus pétalos con furia,—su vida quedó rota en flor, al paso de sus veinte años mal cumplidos todavía, durante el desbordamiento pasional de la guerra civil española, cuando era su alma una pura fuente de sentires hondos, encendidos, reverberantes, como esas claraboyas que en las ciudades lejanas vemos luminosas de resoles.

Los que, cruentamente, cortaron el hilo vital de Emilio Juan Gómez, acaso creyeron que realizaban una obra destructora definitiva, porque en sus mentes materialistas y rudas no tenía cabida la idea de la permanencia, de la perennidad, de la inmarcesible vivencia del espíritu y de su reflejo eternal en las obras singulares de amplio contenido humano. Mas, fué el caso que, Emilio Juan, en el modesto y un tanto anodino ambiente de Granja de Torrehermosa, su pueblo natal, había emparejado con otro joven que se curaba, por decidida vocación de hombre de libros, de las cosas literarias y artísticas y a quien, sabiéndole su afín, confiaba, en deleitosa confidencia, los frutos de su inspiración; en su compañía, con su asenso y colaboración—sugerencias, pulido, toque final omnicompreensivo,—cincelaba el poeta el sabroso contenido de los versos que, luego, en el crisol mecanográfico de la máquina de escribir amiga, adquirían visos

de perfecto empaque. Gracias a esto, merced a las previsoras copias conservadas por el entonces adolescente estudioso de lo literario y hoy erudito ensayista Florentino de la Gala, ha sido posible que las poesías, tiernas, sabrosas, delicadas, de Emilio Juan Gómez estén ahora a nuestro alcance... Las tenemos aquí, ante nosotros, en unas cuartillas algo amarillentas, sucias de avatares, con riesgo y temblor de gotitas de agua que pueden caer y perderse.

Esto pensamos en tanto hemos ido saboreando, en gustosa lectura transfusiva, su contenido profundamente humano, hecho de viva pasión juvenil, con aleteos de amor, en el crisol de unos versos de meridiana factura poética. Ellos acaso constituyan pronto el cuerpo de una antología editada bajo los auspicios del celoso guardador de estas joyitas. Pero antes, con generoso desprendimiento, nos ha dado ocasión de ofrecer, como primicia reveladora, en las páginas de «ALCANTARA»—portavoz de los valores extremeños—, dos breves composiciones que constituyen, a no dudar, un plástico esbozo de la obra poética, aunque inmadura, granada ya, de Emilio Juan Gómez Herrera, el poeta que nos arrebató la tempestad:

COQUETA

Yo no lloro porque no me quieras,
mujer; lloro porque te quiero.
Lloro porque me miraste cariñosa, sin cariño;
lloro porque sonríes
amante, sin amor, a muchos hombres;
lloro porque no quieres a nadie,
porque a todos los quieres;
porque te quieren todos.
Mujer, yo no lloro el amor que no me tienes;
el amor que te tengo es lo que lloro.

POR QUERERTE...

Por quererte, aprendí que Amor es todo,
y que amar es sufrir, gozar: vivir.

Por quererte, aprendí que Amor es nada,
y que amar es sufrir, sufrir: morir.

Cuando deje de verte y me despida
de la sensible muerte de esta vida,
pasaré inmovible, por quererte,
a la vida insensible de la muerte.

Pasan las sombras de los seres humanos en el breve curso de la vida terrena; pero, el espíritu sobrevive y sus esencias, inmarcesibles, quedan. Aparencialmente, sólo tenemos aquí, ante nuestra vista, unas hojas sucias de barro, amarillentas, mecanografiadas en una tinta pálida y desvaída que, sin embargo, vienen a constituir la proyección serena, pero indubitable, de la inmortalidad de la belleza a la par que de la perennidad de la plástica expresión sensible.

FERNANDO PEREZ MARQUES